

## MANOLETE / 47

Francisco Umbral<sup>1</sup>



Yo entré de botones en el Banco Central de Valladolid en mayo de 1947. Los que llegábamos pronto al trabajo teníamos el privilegio de hojear *El Norte de Castilla*, gran periódico local, dirigido un tiempo por Miguel Delibes (y en el que yo acabaría escribiendo mucho), antes de que se lo pasasen al director. En agosto de aquel año, no recuerdo qué día, venía en el periódico la cogida y muerte de *Manolete* en Linares. Todos nos quedamos perplejos y congestionados en blanco, incluso los no aficionados.

Yo no era un aficionado, pero tenía en casa un primo estudiante de Derecho (que ha pasado al Cossío como *El Pule*), que toreaba en la cocina con las toallas y compraba todas las semanas *El Ruedo*, revista de la que sólo me interesa la literatura, o sea los artículos de Marquerie o Díaz-Cañabate. Yo buscaba metáforas y no gacetillas taurinas. Pero *Manolete*, aparte de un gran torero, muy personal, según dicen, era un personaje nacional en aquella España de los cuarenta, y hasta se había hecho mítico «el *haiga* azul de *Manolete*», al que mi primo el torero dedicó un artículo en no sé qué revista de provincias. La palabra *haiga* era entonces un coche

---

<sup>1</sup> Premio *Cervantes* de Literatura.

y un verbo, porque los nuevos ricos del franquismo iban a la tienda y pedían:

– Déme un coche, el mejor que *haiga*.

Y es que los nuevos ricos del estraperlo confundían los verbos y decían *haiga* por haya. La muerte de *Manolete*, ya digo, nos conmovió incluso a los no aficionados, y cuando salí del Banco y volví a casa me encontré una casa que parecía de luto, pues que mi primo había impuesto aquel dolor, ya que él no aspiraba a ser sólo un torero, sino el sucesor de *Manolete* (tenía y tiene cierto parecido físico). A mi primo le sobraba estilo, pero le faltaba corazón, de modo que se retiró pronto y se dedicó, no al Derecho, que era su carrera, sino a la radio, donde ha triunfado durante largos años.

Mi primo era bueno con una toalla por muleta. Pero ya con una muleta de verdad no era tan bueno. Es lo que nos pasa a todos, cada uno en su oficio.

*Manolete* se conoce que había pasado de la toalla a la muleta sin mayor dificultad ni queja, así que debuta en los Carabancheles madrileños antes de la guerra, como novillero, claro. Los rojos no le perdonan que torease rojos durante la guerra (leyenda) ni que exigiese la bandera rojigualda, y no la republicana, para torear en Méjico (realidad). En cualquier caso, fue el gran torero del franquismo y, además de eso, uno de los toreros más personales, singulares y genuinos de todos los tiempos.

*Manolete* manda afeitar los toros y descargarles sacos de tierra en los riñones, para que salgan disminuidos a la plaza, pero esto no lo hace tanto por miedo (a la hora de la muerte demostró que no tenía miedo a nada ni a nadie, porque no era de este mundo) como por manejar un animal,

una materia (como el escultor) que le permitiese hacer su arte, desechado el peligro, que a fin de cuentas no es más que un estorbo.



Fig. n.º 23.— *Entierro de Manolete*. El marqués de la Valdarca impone la cruz al féretro del matador (Foto Archivo ABC).

Linares. En aquella tarde recalentada de agosto, Luis Miguel *Dominguín* era el talento contra el genio como Salieri contra Mozart, de modo que Luis Miguel fuerza a *Manolete* a dar más. En el toro letal, cuando Manolete se dispone a darlo todo, olvidado de afeites y desriñonamientos, el público le está gritando:

—¡Hijoputa, ladrón!

Entre estos dos signos de imprecación, como entre dos banderillas, le mata el toro.

Quiere decirse que el eterno *Islero*, el secular *Islero*, el toro letal, mata lo mismo afeitado que con toda la barba.

Mata cuando ha decidido matar.

Hay toros que matan como hay hombres que matan. Y cuando te sale el toro homicida no te libras, tío. Te coge por un ojo, como a Granero, el torero valenciano que murió en Madrid, por un huevo o por un muslo, cuando la muerte pone huevos en la herida.

Ricardo García *K-Hito*, famoso gacetillero taurino y director del semanario *Dígame*, hizo un libro entero sobre el tema, un *best-seller* de aquel tiempo en que el único *best-seller* era José Antonio Primo de Rivera: «*Manolete* ya se ha muerto, muerto está que yo lo vi». Plagiaba un famoso romance alfonsino, pero todo quedaba bien: madrileño, taurino, español y de derechas.

Como *Manolete* no tenía sino novias esmeriladas (la famosa Lupe Sino, actriz mejicana), la alegoría femenina que asistió al muerto fue su madre, la famosa doña Angustias, que vivía en un chalet de Córdoba que le había puesto su hijo. No hace tanto que murió doña Angustias.

El problema, para los periodistas, es que doña Angustias tenía mucho que llorar y nada que decir. Cuando los memoriones de la fiesta dicen que la diferenciación entre las escuelas cordobesa y sevillana no está nada clara, y que todos promiscuan, he aquí que *Manolete* se alza como cordobés, rondeño puro, y eso también enaltece mucho a las multitudes, que gustan de una pureza que no entienden, pero imaginan.

«*Manolete, Manolete*, de la tierra del Califa gran torero,  
*Manolete, Manolete*, que te aclama por tu arte el mundo entero».



Fig. n.º 24.— Portada del diario ABC del 30 de agosto de 1947.

Un torero sin pasodoble es como una puta sin clientes. El pasodoble de *Manolete* lo cantamos por entonces todos los niños de los cuarenta, ajenos al patetismo de que el torero estaba muerto. Incluso hicimos nuestros mejores ligues (entonces no se llamaban así) en los bailes y verbenas de los barrios extremos, bailando el pasodoble de *Manolete*, mayormente los que no sabíamos bailar y sólo nos atrevíamos con el pasodoble.

Como las fiestas, en Castilla, que suelen ser la fiesta del Cristo (antiguo culto solar, cristianizado), duran en mi tierra hasta octubre, que es cuando el sol se rinde, como un gladiador romano enamorado del adversario, ocurre que yo bailé el pasodoble del muerto durante el verano y las hogueras, durante la luna y las hogueras (Pavese) de todo el 47, y gracias al influjo mortuorio y faraónico de *Manolete* principié a conocer hembra o niña, cercanía de mujer y hasta revolcón en el pajar vecino, que era como el palomar de la luna.

A *Manolete* le debe uno los primeros polvos de su adolescencia en sombra. Y eso no se olvida. Sólo por eso estoy escribiendo un artículo/memoria sobre *Manolete*, siendo tan poco taurino como soy.

Cuando empezaba a sonar lo de «*Manolete, Manolete*, de la tierra del Califa gran torero», yo me lanzaba asimismo al ruedo irregular del bailongo y sacaba a la rubia efébrica, andrógina y niña que me había fascinado toda la noche. *Manolete*, para la generación de los cuarenta, fue el patrón de los idilios y amores fáciles, por llevarle la contraria a Italo Calvino, que entonces escribía idilios y amores difíciles, en Italia.

El verano del 47, así, es mítico para mí, legendario, pues que fue el verano de mi primer trabajo, mi primer amor y mi primer mito muerto (*Manolete* era un mito nacional).



Fig. n.º 25.- *Entierro de Manolete, Córdoba, 1947.*

«*Manolete, Manolete*, de la tierra del Califa gran torero,  
*Manolete, Manolete*, que te aclama por tu arte el mundo entero».

–Tú, el pasodoble parece que no lo bailas muy bien, chico.

–A mí es que me va más el bolero, chica.

Los trenes pasaban, como blasfemias nocturnas, por un puente de madera, sobre nuestras cabezas, con su luz y su ruido, y la chica se iba entregando a la querencia sentimental del pobre *Manolete*, y nosotros le íbamos arrimando taller a la chica, que generalmente era planchadora, pantalonera, chalequera o cosa así, de mi adorable e inolvidable barrio de las Delicias.

–A ti tampoco parece que te vaya mucho el bolero, chico.

(Cantaba Antonio Machín, de quien un siglo más tarde sería yo muy amigo).

–Bueno, a mí lo que me va es el pajar, ¿te vienes?

Y si se venía todo era gloria y dulzura. Envueltos en avena loca y *tristitia post coitum*, oíamos distante, música lejana, el insistente pasodoble de *Manolete*, que es lo que pedían los matrimonios fondones para seguir en la ordalía.

Pero la fiesta ya no iba con nosotros. Teníamos nuestra propia, húmeda y dulcísima verbena.

–Hice una película con *Manolete*. Yo era director y protagonista. Sin embargo, jamás me atreví a hablarle a aquel hombre que no hablaba. Cuando me lo encontraba por los pasillos del estudio, me desviaba para no saludarle, por timidez y admiración.

Esto me lo dice ahora mismo Fernando Fernán-Gómez, el primer hombre del espectáculo en España, maestro de varias generaciones e indulgente amigo mío.



—¿Y en *Chicote*?

—En *Chicote*, donde había tertulias de intelectuales, putas, cómicos, escritores y artistas, cuando llegaba *Manolete*, por la noche, con su corte isabelina de gran torero, se hacía



Fig. n.º 26.— Baldomero: *Un pase “estatuario” de Manolete*, Toledo, 1947.

un silencio de respeto y perplejidad (primeros cuarenta), y yo observaba al diestro en su tertulia.

—¿Y qué hacía el diestro en su tertulia?

–Pedía un amontillado, o se lo pedían para él, lo bebía muy lentamente, escuchaba mucho, pero no decía nada.

–¿Estaba ausente, Fernando?

–No. Estaba muy presente. Pero prefería escuchar a opinar. Esa era, quizá, su gran sabiduría cordobesa.

–¿Nunca te acercaste a él?

–No, qué miedo.

Uno, como poco aficionado a la fiesta, prefiere el hombre al torero. Uno, en general, prefiere el hombre, al artista o al científico. El hombre nos da las claves de lo que hace. Lo que hace no nos da las claves del hombre. De ahí que *Manolete* fuera también un mito para mí, y no sólo un mito de los cuarenta, sino un modelo humano a seguir: sobriedad, silencio e insistencia. Y, sobre todo, voz propia, estilo propio. Sin voz propia no se va a ninguna parte, como me tiene muy dicho Cela.

No sé si *Manolete* era o no un torero impar, porque no entiendo (ni quiero) del tema, pero sé que era un hombre impar y con eso me basta.

#### DE CULTURA Y ORO

«Agustín de Foxá, no sé quién lo escribió, era un lujo de España. Un lujo de la carrera diplomática. Conde de Foxá, marqués de Armendáriz, poeta, dramaturgo, escritor, articulista. Su gracejo, su sentido del humor, su ironía, su chanza han pasado a la Historia.

Monárquico convencido, su *Romance al Rey muerto* era la llama en la que ardían, al escucharle en discos, casi clandestinos, de antiguo fonógrafo, los españoles que añoraban la restauración. Luego, allá por 1964, sus obras completas hicieron que nos pudiéramos detener en aquellos versos en que, junto a las juras de un Alfonso

XIII niño, en la Castellana, habla de un brindis de *Joselito*, de un toro de Veragua, al Rey.

El genio descriptivo de *Baile en Capitanía*, la poesía nostálgica de los piratas de río de Cui-Pin-Sing, la esperanza de un mundo nuevo de aquel Otoño 3002 no le hacen olvidar a Agustín de Foxá el tema de los toros y ahí está su Linares –el pueblo que él llamó andaluz y minero– para cantar la muerte de *Manolete*, ante el que se postraron una generación entera de españoles.

Y entre ellos, no sólo en sus versos, Agustín de Foxá, que el 6 de julio de 1944, en una corrida de la Prensa de Madrid y ante la belleza mayestática del toreo de aquel Manuel Rodríguez de Córdoba, se levantó con los brazos abiertos y exclamó emocionado: “¡Señor, no nos lo merecemos”. La plaza de Las Ventas y Agustín de Foxá acababan de ver la faena de *Manolete* al toro de Pinto Barreiro (Agustín de Foxa).

Como Franco había aniquilado a casi todos los poetas importantes de España, salvo a los que se fueron a dar clases de literatura a Puerto Rico o Alabama, el único que escribió una cosa importante sobre la cogida y muerte de *Manolete* fue Foxá, el Linares que cita Suárez-Guanes.

Este poema, por unas razones o por otras, es poco conocido. Foxá era un poeta literario, barroco. Hay que distinguir entre literatura poética y poesía. Son cosas distintas. Foxá fue siempre un gran literato en verso (y en prosa, por supuesto), pero no lo que se entiende rilkeanamente por un poeta. Así como hay una generación del 27, hay una generación poética de *Manolete*, la de postguerra: Sánchez-Mazas, González-Ruano, Adriano del Valle, Conrado Blanco, Eugenio Montes y por ahí. Todos ellos adolecen del mismo mal que Foxá: hacen una poesía literaria, que es todo lo contrario de la poesía.

En cualquier caso, tampoco parece que les motivase mucho el tema de *Manolete*, ni siquiera a los folklóricos profesionales, como José Antonio Ochaíta, Xandro Valerio, Rafael Duyós o Rafael de León. *Manolete*, torero mucho más importante que Sánchez Mejías, no cuenta con una elegía como la de Lorca a su amigo. Quiere decirse que a *Manolete*, como de sí mismo decía Valle-Inclán, «le falló la época». La época y la épica.

Franco no trajo la paz, sino la Victoria, su Victoria, que es lo que nos impondría durante casi medio siglo. A los de mi generación nos marcó definitivamente.

Pero España seguía adelante (no hay dictador que la pare) y así surgieron, en aquellos difíciles años cuarenta, pro-sistas como Cela, poetas como Blas de Otero, toreros como *Manolete*, futbolistas como Zarra, etc.

Con estas glorias nacionales se iba drapeando el nacionalfranquismo de prestigio artístico o intelectual, ya que otro no tenía. Por los mismos años muere Ataúlfo Argenta, no se sabe si un gran director de orquesta potenciado por el régimen o un hombre mediocre que desempeñaba el papel de primera figura. Esas primeras figuras de que tan necesitado estaba el sistema. La muerte de Argenta fue, más que dramática, melodramática: lo encontraron en el garaje de su casa, en compañía de una amante, muertos los dos, quizá suicidados por el gas del coche, ese viejo recurso de suicidas. Pero Argenta, por otra parte, era un tuberculoso grave (enfermedad de la que entonces no escapaban ni los grandes personajes), y es posible que en el trance amoroso (en todo caso secreto) le sobreviniera un ahogo.



Fig. n.º 27.- *Manolete antes del paseillo*, Las Ventas, Madrid, 1946.

Contamos esto para explicar cómo el franquismo se iba quedando sin su improvisada mitología, y tenía que improvisar otra todos los días. El grito de Foxá en Las Ventas tiene más alcance de lo que parece:

—¡No nos lo merecemos!

Naturalmente, aquellos fascistas victoriosos y aquel público pastueño, por utilizar un adjetivo taurino, no se merecían un torero como *Manolete*, un novelista como Cela, un poeta como Blas de Otero, Celaya o José Hierro (bien entendido que todos estos intelectuales trabajaban a la contra del régimen).

—¡No nos lo merecemos!

Foxá, a quien convierto en el Oscar Wilde de un reciente libro mío sobre Franco, Foxá, cínico, irónico, *dandy* gordo y escritor deslumbrante, sabía bien que el franquismo no se merecía un torero como *Manolete*. Su grito de Las Ventas, aquella tarde del 6 de julio de 1944, era un grito subversivo que nadie entendió. Quería decir, en el fondo, «somos unos miserables que no nos merecemos nada».

El sutilísimo José García Nieto escribió una memorable *Elegía a Manolete*, pese a que el poeta era poco taurino. Pero es que *Manolete*, como digo, desbordó con mucho la gloria circular de los toros para convertirse en mito nacional:

«Había que asomarse y ver de pronto el mundo,  
sorprenderle en la antigua gracia de sus riberas;  
llegar entre sus venas de agua hasta el mar profundo  
y ascender a los montes por sus verdes laderas.

Había que pararse donde Europa termina,  
en esta piel abierta de toro que se extiende

quemada en las antorchas del sol cuando declina:  
lo cercano a la muerte, con la muerte se enciende.

Habla que ser hombre y acercarse a la tierra,  
y descubrir los dedos de Dios entre las cosas,  
y aprisionar el aire, y levantar la guerra,  
en el cáliz callado donde duermen las rosas».

Esta poderosa elegía, clásica por fuera, clásica de mármol como la estatua yacente de *Manolete* en Córdoba, está por dentro llena de emoción, visión, contenida actualidad y estilizada violencia:

«Y esto vengo a decirte: cómo estás en nosotros,  
en los que un día vimos tu andariega amargura;  
cómo ya contaremos para que cuenten otros  
y diremos los tiempos que diste a la hermosura.

Como un toro se extiende la patria en que naciste;  
yo la veo llorando por la gloria que escalas;  
pero hay un sol de oro que eternamente viste  
a los dioses heridos de muerte entre las alas».

“En los que un día vimos tu andariega amargura”. García Nieto conoció a *Manolete* y, a la hora de escribir, le resta de él la «amargura», que era el poso secreto y visible, la ceniza honda y noble de aquel mito cansado. «Pero hay un sol de oro que eternamente viste/ a los dioses heridos de muerte entre las alas».

Herido de muerte entre las alas anduvo siempre *Manolete*, incluso en sus tiempos de mejor gloria, y donde el gran público, ese público ancho y popular de la fiesta, sólo veía un hombre serio que toreaba muy en serio, los poetas (casi todos

escribieron sobre él, antes o después de muerto) veían a un dios herido de muerte entre las alas, aunque ese dios fuese todas las noches a *Chicote* a tomar una copa, aunque de ese dios se dijera que fue franquista, como lo fue, aunque ese dios tuviera las alas manchadas de sangre, barro y dinero. Las alas un poco usadas de tanto como se las manoseaba el pueblo cuando le tenían a su alcance.

Era un ángel exquisito y chabacano que expresaba España y no tenía nada que decir. Le había salido cara de muerto desde muy joven, y los toreros con cara de muerto hacen poca carrera. Ganan la gloria, pero no ganan nunca esa otra gloria en vida, más placentera, de retirarse maduros a un cortijo de Córdoba, al costado de una esposa antigua y bella, a la sombra de una ganadería brava y propia. Así es.

No tuvo en vida más música que los boleros de Antonio Machín, el otro hombre que presta color y calor a una época sepia y triste, pero tuvo en la muerte la música de los mejores poetas del momento: «Y esto vengo a decirte: cómo estás en nosotros».

En los poetas de la Academia y en los copleros de cordel.

*Manolete* son los cuarenta y no hay más que hablar. *Manolete* es el santo de capilla interior en la ermita oscura y olvidada de nuestra memoria infantil, que es la que vale. Luego, cuando nos acercamos a la capilla, a la hornacina, paso a paso, con miedo de que se nos rompa el enhechizo del tiempo perdido, comprobamos que lo que brilla no es un santo ni un arcángel, sino un torero de luto y oro. El torero de un tiempo y de todos los tiempos.

Así es como está en el retrato de Vázquez Díaz y en tantos otros. Los ángeles exhiben espada de primer espada,



espada taurina, y los grandes toreros lucen estoque de arcángel pintiparado, estoque de fuego, como el de aquel ángel que expulsó a Adán y Eva del Paraíso, que los echó del Paraíso como se echa a un toro al corral.



Fig. n.º 28.— Baldomero: *Manoletina*, Las Ventas, Madrid, 1945.

Los ángeles, arcángeles, tronos y dominaciones, pasean alas de cairrel, alas de alamar y drapeado que les sirven para volar y poner el cielo de oro. Los viejos y buenos

toreros deambulan con alas de plumón de ángel, blancas como el blancor de las enfermería, hasta que la sangre del toro les moja las plumas y el color primavera de la gangrena les enverdece y amustia las alas de caídos del cielo. Eso era *Manolete*, un ángel caído.

